

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 230

25 cts

14 JULIO
1929



-SOY UN TIGRE; SOY UNA HIENA, SOY UN CHACAL.
-¿PERO QUÉ DICES CAÑAMÓN?
-¡CALLA; ES QUE TENGO HIPO Y VOY A VER SI ME ASUSTO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR L. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

—Espera un poco. Hagámo-selo explicar a él mismo. Trae agua.

Al sentir que me rociaban la cara, me estremecí, alcé los párpados y los volví a bajar inmediatamente después, moví la cabeza, tosí y al cabo abrí unos ojos como platos frente a mis carceleros con aire de espanto y de interrogación. Casi no me cuidé de ver dónde me hallaba (era un espacio cerrado, una cabañuela de aldeanos) para mirar a los que en su poder me tenían. En la puerta, asomado como por curiosidad, estaba mi beduino, y junto a mí, casi encima de mí que estaba acostado en el suelo y estrechamente maniatado, el misterioso viajero del *frac ferroviario* (permitidme la expresión) y un desconocido de largo y vulgar semblante y cuerpo bajo y robusto, ataviado al estilo de los exploradores.

Empezó el primero a interrogarme sin dilaciones, ambages ni cumplidos.

—Buenos días, caballero. No le pregunto a usted como está porque le veo enteramente repuesto. Por lo demás, la cosa no ha sido nada grave. Simplemente, una graciosa voltereta. Nunca nos han presentado uno a otro, pero de vista nos conocemos hace algún tiempo ¿no es verdad? Además, yo conozco el nombre de usted, pero usted me sabrá perdonar si juzgo conveniente no decirle el mío... Si tiene usted empeño en darme alguno, llámeme Blachon, lo mismo dá.

—Me es del todo indiferente. Más prisa me corre conocer el motivo de este atropello.

—¿Atropello? No, porque le hemos recogido

a usted le trajimos aquí y se le han prodigado solícitamente todos los cuidados necesarios para hacerle recobrar el conocimiento.

—No sin haberme antes liado como un salchichón—hice notar con ironía.

—Dios mío una precaución higiénica para que no se le ocurriese a usted ponerse en camino demasiado pronto. Andar en esas condiciones podría ser perjudicial a su salud.

—Al grano, señor.. Blachon. Explíquese.

—En seguida; también a mí me urge—contestó él sacando el reloj y volviéndole a guardar sin mirarlo, según costumbre ciudadana de las personas que tienen mucho que hacer.—¿No es usted amigo del señor D'Alimand?

—Tengo esa suerte.

—Entonces debe usted comprenderlo todo.

—Comprender todo ¿qué?—pregunté yo, simulando el mayor asombro.

—¡Este se hace el tonto, pero de mí no se ríe!—dijo mi interlocutor volviéndose a su compañero. Después se acercó más, inclinándose casi sobre mi cara, y me interpeló en tono alterado y con vibrante voz:

—¿Cree usted quizá que conmigo se bromea?

—Caballero, mi situación no me lo permite.

—Menos palabras. Dígame con precisión cuál es el último destino del viaje del señor D'Alimand.

Casi estuve por venderme, tanta fué mi alegría al cerciorarme sin género ya de duda de que los adversarios no conocían el lugar preciso donde Larouchy se había refugiado. Remontar un río de larguísimo curso para buscar las propiedades del cómplice confeso, sin otras indicaciones que el nombre del río, no era ciertamente asunto ni muy corto ni muy fácil; de fijo era bastante más sencillo—y quizá mas eficaz, pensaban ellos sin duda—interrogarme con tal

propósito, porque yo debía de ser participe en esta malaventurada cuestión. Y gocé al pensar que mi respuesta, pronunciada con el tono más natural, sería para ellos incomprensible, como debía de haberles parecido extraña nuestra simultánea partida en tantas y tan diversas direcciones.

—Ha marchado a América — respondí — al Panamá, desde donde debe dirigir a *La Actualidad* sus crónicas acerca de las obras del Canal.

—No me ha comprendido usted, o, mejor dicho, finge usted no comprenderme. Tengo razones suficientes para estar seguro de que tiene usted conocimiento del verdadero motivo del viaje de su amigo.

Yo empezaba a no entender nada. ¿Era posible, pues, que las pesquisas debieran efectuarse en América? ¿Y por qué, entonces, éste me había seguido a Egipto?

—¡Yo no sé nada! — dije casi al momento, aparentando no interesarme gran cosa en el asunto.

—¿No sabe usted, por ejemplo, que pensara ir a ver a un cierto señor que le habría de entregar unos documentos que interesan personalmente a su amigo? — prosiguió el falso señor Blachon con voz melíflua e insinuante que contrastaba con su anterior acento imperioso.

—¿A D'Alimand?

—Sí.

—No me ha hablado nunca de nada parecido. ¿Documentos que interesan a D'Alimand? ¿Y a propósito de qué?

—Eso, usted lo sabe lo mismo que yo. Ahora, dígame. También yo necesito hablar lo antes posible con el señor que usted sabe; pero ignoro el punto exacto en que se encuentra. Admitiendo que usted lo conozca, y le repito que tengo buenas razones para creerlo, ¿me daría usted la dirección a cambio de diez mil francos?

—Ante todo, le repito a usted que no tengo noticia de otro objeto que el ya expuesto del viaje que D'Alimand ha emprendido por cuenta

de *La Actualidad* ni de documentos que le deban ser entregados, ni...

—¡Y vuelta con la consigna del no sé!

—Es que yo no puedo decir que sé lo que ignoro!

—¿Ni aun las indicaciones que le he pedido a usted?

—Menos aún. Pero pienso que si conociese las señas que usted me pide, y estimase honrado hacérselas saber, lo haría sencillamente a título de cortesía, sin admitir compensación ninguna...

—Y ¿en el caso contrario?

—En el caso contrario, no servirían ciertamente diez mil francos para inducirme a revelarlas.

—Veinte mil, entonces.

—No puedo decir a usted lo que ignoro y que, de todos modos, si lo conociese, no le diría a ningún precio.

—¿Ni siquiera al precio de cincuenta mil francos?

—Ni siquiera por un millón.

En este momento intervino el otro para cortar el innoble contrato.

—Es inútil — dijo desengañado; — o no lo sabe o no lo dirá nunca.

Callaron los dos un instante y se miraron de frente como para interrogarse recíprocamente. Entonces, mi inquisidor reanudó el diálogo mostrándome el mapa:

—Y usted ¿para qué ha venido a Egipto y qué significa este recorte?

Temí comprometerme rehusando explicaciones; y por eso alegué las que llevaba pensadas desde que pude prever las circunstancias en que me hallaba.

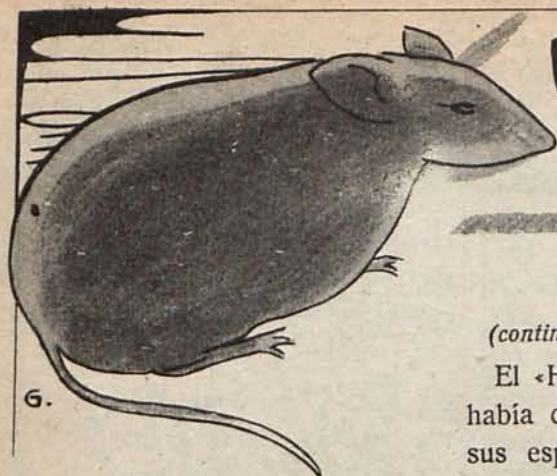
—He sido enviado por la Sociedad Arqueológica de París, a fin de iniciar tratos para ciertas labores de excavación. Parece que en esta localidad precisamente tuvo lugar, hacia mediados del siglo VII, la gran batalla que dió a los

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA





EL DESASTRE DEL "HANSA" POR CE. SAGARBI

(continuación)

El «Hansa» ya había dejado a sus espaldas la costa de Inglaterra y bajaba hacia la costa española

cuando un día sobrevino una avería de una respetable vía de agua en la vieja carena del barco.

No había peligro inmediato porque el barco llevaba una carga enteramente formada de duelas de tonel que impedirían que el buque se fuera a pique. Sin embargo, la tripulación corría el peligro de que el barco se inmovilizase en medio del océano sin hallar auxilio allí, pues para mejor aprovechar el

viento nordeste se habían salido de la línea de navegación estando así el «Hansa» muy alejado del problemático socorro que pudiera prestarle algún otro barco.

Comenzaron a hacer funcionar las bombas de achique pero al cabo de varias horas de trabajo se convencieron de que la cantidad de agua que allí penetraba, era muy superior a la que desaguaban las bombas.

El buque iba poco a poco hundiéndose y llenándose de agua pero el peligro mayor para los pasajeros no era aquel, sino el de los ratones que a medida que el barco se hundía iban refugiándose en las cámaras altas.

Se preveía una furiosa invasión de roedores. El capitán fementido tener que ceder el puesto a aque-





llos ejércitos de ratas, mandó poner una determinada cantidad de víveres sobre las cofas de los palos y además cerró herméticamente las bocaportas de la despensa.

El temido asalto de los ratones comenzó al ponerse el sol cuando la nave se había hundido ya un par de metros.

Espantados los ratones por la invasión de las aguas se precipitaron en batallones sobre la cubierta, empuñando con los marineros armados de barras y manivelas, una verdadera lucha desesperada.

Aquello fué una batalla en toda regla. Morían muchísimas ratas, pero cada vez salían más por las trampillas y bocapuertas de los camarotes obligando al fin a los marineros a refugiarse en los mástiles y palos.

Los finlandeses, después de haber matado mu has fueron los primeros en refugiarse en el palo trinquete pues temían por la niña.

Los marineros viéndose al fin impotentes para luchar contra tantos, imitaron a los pasajeros y se pusieron a salvo en las jarcias escalas y cofas del palo mayor.

Entonces pudo observarse un espectáculo extraordinario. Hormigueaba toda la cubierta del buque de ratas de gran tamaño en su mayoría y con la cola y los bigotes grises. Saltaban como si estuvieran locas y se encarnizaban principalmente contra las puertas de la despensa, intentando abrirse paso con sus agudísimos dientes. El olor de la carne de cerdo salada y del tocino, les excitaba el apetito hasta el último grado.

Algunas eran tan atrevidas que escalaban las cuerdas y los palos trepando hasta clavar sus dientes en las piernas de los marineros. Entonces descargaban furiosos garrotazos contra ellas haciéndoles caer medio muertas a cubierta en donde sus congéneres se apresuraban a devorarlas.

En particular el palo trinquete sobre el que se habían refugiado los finlandeses, era el lugar más atacado por aquellas hordas hambrientas. Minia, la hermanita de los tres mu-

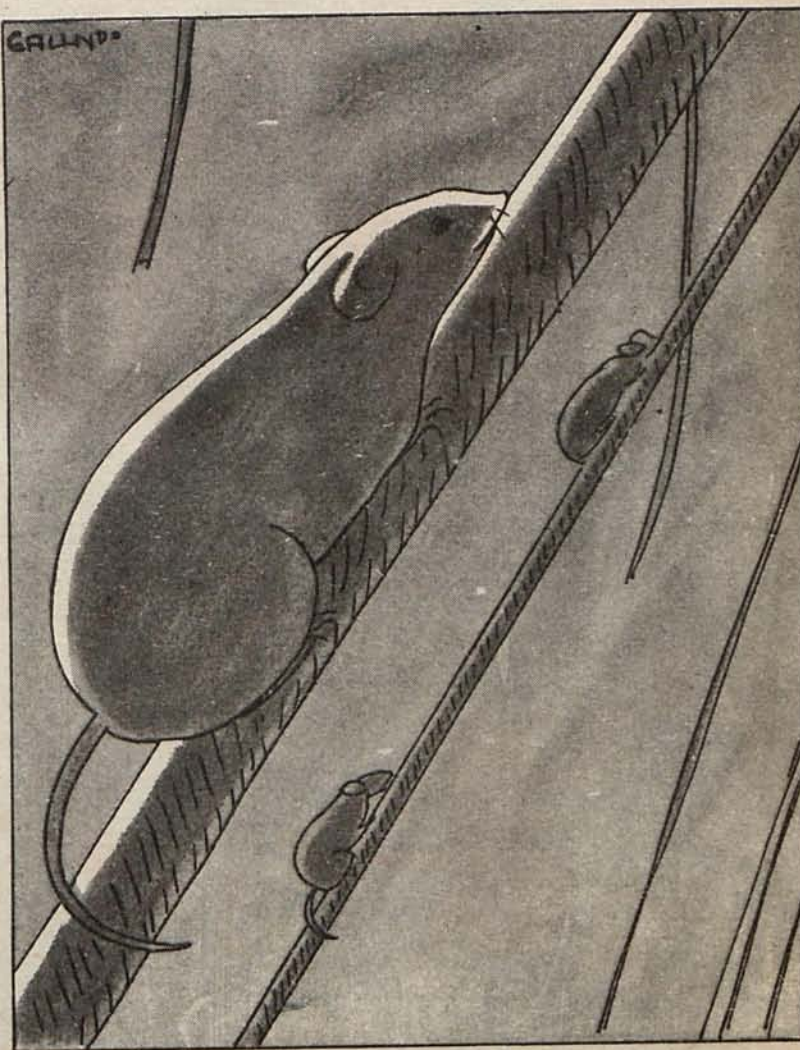
chachos excitaba quizá sus ansias de devorar, pero los tres mozos que eran fuertes y robustos y además el padre, les hacían frente con frecuentes ataques y machacaban las costillas a cuantas intentaban llegar al aéreo refugio.

—¡Apalearlal ¡apalearlal!— gritaba sin cesar el pobre padre que temía por su pequeñita.

Y los estacazos llovían incesantemente sobre las cuerdas y escalas haciendo dar volteretas a los pequeños y peligrosos invasores.

Por fortuna, la nave, aunque llena de agua, seguía a flote. Las duelas que constituían su cargamento le impedían hundirse y aquello era una verdadera suerte. Hacia el filo de la media noche habían cesado un tanto en sus ataques a los palos y permitieron a los pasajeros un poco de sueño y de descanso.

(continuará)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



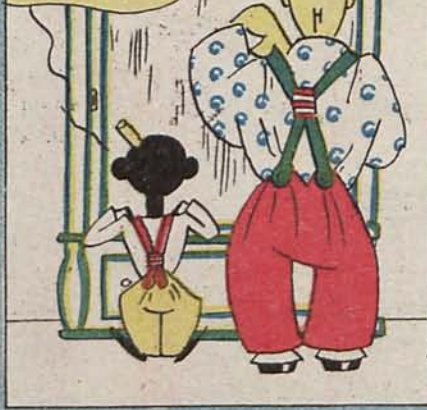
NOSOTROS QUEREMOS UNOS TIRANTES QUE
TIREN MUCHO; SON PARA IR A UN BAILE
¿SABE USTED?

MUY BIEN: TENGO UNOS, MAR-
CA "LA AMETRALLADORA" QUE TIRAN UN
HORROR



¿TE HAS FIJADO, CURRINCHE, QUÉ FUERZA
TIENEN?

PARACE QUE VA
UNO EN GLOBO



ANDA, VAMOS LIGERITOS QUE YA HÁ-
BRÁ EMPEZADO EL BAILE EN CASA
DE LOS CONDES DEL FLORIPONDIO

YA VERÁ USTED QUE BIEN CHAR-
LESTONEO YO CON
ESTOS TIRAN-
TITOS



SALUD, SEÑORA CONDESA: YO, BIEN,
GRACIAS; NO HAY DE QUE DARLAS



ME PARECE QUE SE LE HA CAIDO ALGO.

NO SE PREOCUPE LA SEÑORA.
HA SIDO UN BOTÓN



¿SE TE HA ROTO ALGO, CURRINCHE?

NADA, SEÑORITA, UN BOTÓN
DEL PANTALÓN QUE SE HA
IDO



¡CANASTOS, CON LOS TIRANTITOS! ¡YA
ME HAN SALTADO CINCO BOTONES!



ESTOY ESCAMADÍSIMO, SEÑORITA.
ME PARECE QUE LOS TIRANTES
ME HAN SALTADO TODOS LOS
BOTONES, Y ME VOY A QUEDAR
SIN PANTALONES



SE HA QUEDADO EL BAILE DESIER-
TO. ¡QUÉ VERGÜENZA, DON TURU!

AHORA MISMO NOS
VAMOS TÚ Y YO A MAS-
CARLE LA NUEZ CON
CÁSCARA Y TODO
A ESE MORRAL
QUE NOS HA
VENDIDO LOS
TIRANTES



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LA PIEL DE LA ZORRA

Castillo



RANSE una gallinita y un pollito que fueron juntos a una avellaneda y se pusieron a buscar avellanas. Cuando llegaron, dijo el pollito a la gallinita:

—Cuando encuentres una avellana, no te la comas tú sola; dame la mitad; porque, si no, te vas a ahogar.

Pero la gallinita se había encontrado una avellanita, se la comió ella sola, y el fruto se le había quedado atascado en la garganta, de tal modo que la iba a ahogar, y exclamó angustiada:

—¡Pollito, pollito, tráeme pronto un poco de agua, porque, si no, me ahogol

Entonces fué volando el pollito al pozo y le dijo:

—Pocito, pocito, dame agua, para que yo se la dé a mi gallinita, que está allá arriba en la avellaneda y se va a ahogar.

—Hoy se casa la hija del amo—contestó el pocito—; vete a ver a la novia y me traes la guirnalda.

Entonces marchó corriendo el pollito a casa de la novia, y le dijo:

—Novia, novia, dame la guirnalda para que yo dé la guirnalda al pozo, para que el pozo me dé agua, para que yo le dé agua a mi gallinita, que está allá arriba en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero la novia le dijo:

—Antes irás a casa del zapatero y me traerás mis zapatos.

Y cuando el pollito llegó a casa del zapatero le dijo:

—Zapatero, zapatero, dame los zapatos de la novia, para que la novia me dé la guirnalda y yo le dé la guirnalda al pozo, para que el pozo me dé agua, para que yo le dé agua a mi gallinita que está allá arriba en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero el zapatero le dijo:

—Primero irás a casa del cerdo y me traerás manteca.

Entonces marchó corriendo el pollito a casa del cerdo y le dijo:

—Cerdo, cerdo, dame manteca, para que el zapatero me dé los zapatos de la novia, para que la novia me dé la guirnalda, y yo le dé la guirnalda al pozo, para que el pozo me dé agua, para que yo le dé agua a mi gallinita que está allá arriba en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero el cerdo le dijo:

—Primero irás a casa de la vaca y me traerás leche.

Corrió entonces el pollito a casa de la vaca y le dijo:

—Vaca, vaca, dame un poco de leche, para que yo le dé leche al cerdo, para que me dé manteca, para que el zapatero me dé los zapatos de la novia, para que la novia me dé la guirnalda, para que yo le dé la guirnalda al pozo, para que el pozo me dé agua, para que yo le dé agua a mi gallinita que está allá arriba en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero la vaca dijo:

—Primero irás al prado y me traerás hierba.

Cuando el pollito llegó al prado y le pidió hierba, fué éste bondadoso y le dió

muchas flores y hierba, que el pollito dió corriendo a la vaca y obtuvo por ello leche, y por la leche le dió el cerdo manteca, y con ella untó el zapatero su piel e hizo corriendo los zapatos de la novia; y por los zapatos dió la novia la guirnalda, que el pollito llevó al pozo, y éste brotó inmediatamente su clara agua y llenó el vasito que puso debajo el pollito. Con gran prisa volvió ahora el pollito a la avellaneda; pero, cuando llegó el pollito, ya se había ahogado la gallinita.

Seis ratoncitos construyeron un cochecito mortuario, y en él colocaron a la difunta gallinita, se uncieron a él y fueron tirando. Cuando iban ya de camino el pollito, la gallinita





muerta y los ratoncitos con el carro mortuario, vino la zorra y preguntó:

—¿Adónde quieres ir, pollito?

—Yo quiero enterrar a mi gallinita.

—Eso lo haré yo, necio—exclamó la zorra.

Se comió la gallinita, porque no hacía mucho tiempo que había muerto, y así la enterró en su buche. Entonces el pollito se puso a llorar amargamente, diciendo:

—Yo quiero morir para estar con mi gallinita.

—Así debe ser—le contestó la zorra.

Y se comió al pollito, que vino así a juntarse con su gallinita.

Entonces se pusieron a llorar los ratoncitos por el pobre pollito; la zorra creyó que también querían morir y se los tragó. Pero como los ratoncitos estaban uncidos al carrito, se tragó también el carrito, y la lanza la partió el corazón, y se cayó muerta tendida a la larga y con las cuatro patas estiradas.

Entonces vino volando un pajarito, se paró en una rama de tilo, y se puso a cantar:

—La zorra se ha muerto y está tiesa como un garrote; la zorra se ha muerto y está tiesa como un garrote.

Al oír esto acudieron las ranas cantando:



—Cra, cra, cra,
la zorra muerta está.

Llegaron luego los sapos, y entre todos comenzaron a tirar de la zorra hasta que la llevaron arrastrando a las orillas del riachuelo, y allí, a costa de grandes esfuerzos, lograron sepultarla bajo el agua.

En esto pasaron por el puente que cruzaba el riachuelo dos labradores que volvían del mercado después de vender en él el fruto de su cosecha. Colocados sobre el pretil contaban sus monedas, cuando una ráfaga de aire derribó el sombrero de uno, y éste,

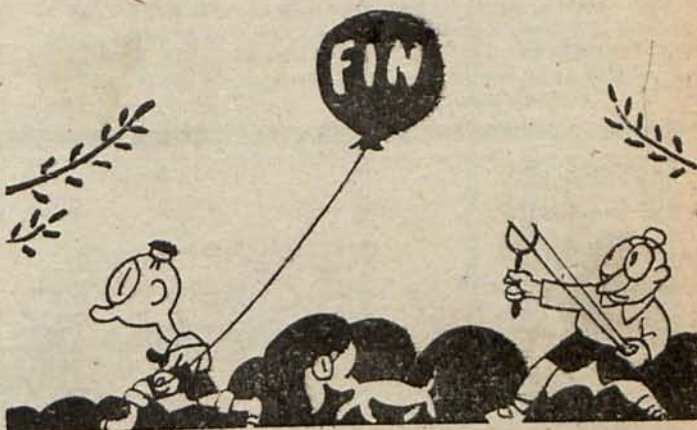


al querer cogerlo, arrojó al agua involuntariamente el bolsillo de seda en que guardaba su dinero.

El labrador buscó su bolsillo, y, no hallándolo, sospechó que estaría en el vientre de la zorra, por cuya razón la asió de una pata y la remontó a la superficie. Ya en tierra, la abrió el vientre y sacó de

él el pollito, la gallinita, los ratoncitos y el carro. Como se les había tragado enteros, todos vivían, incluso la gallinita, a la cual le sacaron con unas pinzas la avellana y revivió porque aunque parecía muerta no lo estaba.

Después, los labradores arrancaron la piel a la zorra para aprovecharla. Y los demás animales se fueron muy contentos.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, querido Chonón?
—Si tienes buena memoria debes recordar la promesa que el otro día me hiciste. ¿No te acuerdas?
—¿Te refieres al día que charlamos del caballo salvaje?
—Al mismo.
—Entonces, si recuerdo. Te prometí hablarte del caballo no salvaje, y aquí me tienes dispuesto, como siempre, a cumplir mi promesa. Pero son muchas las razas de caballos domésticos que tienen enorme interés y no es posible en una charla abarcarlas todas. Desde luego las tres razas caballares que más destacan son la árabe, la española y la inglesa. De estas tres escoge la que más te apetezca y a ella dedicaremos nuestra charla de hoy.
—Escoge tú, que los conoces mejor que yo.
—Para mi gusto el caballo más perfecto es el árabe. Desde luego es la más noble de todas las razas. Parece que el uso más digno y apropiado a que puede destinarse este animal es a servir de sostén, guía y ayuda a su jinete. Y para esta finalidad ningún caballo reúne más excelentes cualidades que el árabe.
—Pues ni una palabra más, amigo buho. Hablemos del caballo árabe.
—Es proverbial en los árabes y de una importancia tan grande como una tradición religiosa el cuidado de sus caballos. Desde niños, reciben los árabes, de sus mayores, enseñanzas encaminadas a educar y tratar bien a estos animales. De este modo se ha conseguido conservar en toda su pureza la raza y aún perfeccionarla. Las líneas de este caballo son correctas y elegantes; las orejas, cortas y ágiles; los ojos grandes, vivos y expresivos; el cuello, largo y arqueado; la cruz y el pecho, anchos; el vientre, pequeño; los muslos, largos; la cola, espesa y larga; las crines, muy finas. Dicen los árabes que el caballo, para ser de pura raza, ha de semejarse en su rapidez al avefuerzú; en su gracia, a la gacela; en su valor al jabalí; y en su prudencia al antilope.
—¿Y los hay que reúnan tantas perfecciones?
—Casi todos son así. Ya te he dicho que cuidan mucho de conservar la raza y para ello sacrifican todo. Lo respetan y veneran como a un ser sobrenatural. Bien es verdad que el caballo es para el árabe un elemento indispensable. Su existencia, sin el caballo, sería penosísima y ofrecería grandes dificultades. Lo necesita para el campo, para los viajes, para las fiestas, para la guerra. El árabe vive jinete en su caballo. Lo quiere como a su propia persona y por él es capaz de dar su vida.
En sus libros religiosos está escrito que cuando el Todopoderoso creó el caballo le dijo: "A ti te he creado sin par. Todos los tesoros de la tierra se hallan entre tus ojos. Tú pisotearás con tus cascos a mis enemigos, pero llevando a mis servidores sobre tus lomos, y éstos serán el asiento desde donde se elevarán las preces hacia mí. Vivirás feliz en la tierra; preferido a todos los seres y amado de los hombres; sin alas volarás, sin espada vencerás".
—Con estas palabritas da pena no haber nacido caballo árabe ¿no te parece?
—Ya comprenderás que estas palabras se han escrito para crear en los árabes un sentimiento supersticioso que les haga respetar y querer a sus caballos. Por esto es creencia entre aquellos, que los caballos sólo pueden ser felices entre sus manos.
—Entonces no querrán venderlos a nadie que no sea árabe.
—Ni quieren, ni pueden. En tiempos de Ab-el-Kader estaba castigada con pena de muerte la venta de caballos a los infieles. Hoy las cosas han cambiado y ya no es empresa difícil hacerse con un caballo de esta raza.
—Cuestión de dinero ¿verdad?

—A veces cuestión honorífica. Cuando algún soberano o personaje extranjero de alto relieve visita sus regiones, tienen los árabes a gran honor y gala, expresar su acatamiento y respeto regalando hermosos ejemplares de pura raza. Es el regalo más preciado de que pueden desprenderse y es por tanto el que más se les puede agradecer.

—¿Corren mucho?

—Desde luego no tanto como los ingleses de pura sangre. Pero en cambio resisten mucho más que ellos. Durante una jornada pueden caminar hasta 120 kilómetros y aún más, pudiendo repetir estas caminatas seis o siete días seguidos. Dándoles dos días completos de reposo están en disposición de reanudar el viaje. Además admiten mucha impedimenta pues es proverbio árabe el que dice que un buen caballo debe llevar a un hombre con sus armas, víveres para los dos, una cubierta que sirva de cama al jinete y una bandera. Si es preciso, el caballo debe correr durante todo un día sin probar alimento ni bebida.

—Para que te des alguna idea de lo que el caballo significa entre los árabes, te citaré algunos viejos proverbios que son como un catecismo de su doctrina: "El jinete educa a su caballo como el marido a la mujer".

—¿A ti te parece que está bien esta comparación?

—Desde luego me parece muy mal, pero yo no tengo la culpa de que sea un proverbio árabe. Dicen otros: "Las lecciones de la infancia quedan grabadas como un escrito, pero la instrucción de la edad madura desaparece, como los nidos de los pájaros". "La rama se endereza fácilmente, pero el tronco viejo jamás; así pues educa el caballo desde el primer año y al segundo móntalo". "En el primer año ádale para que no le sobrevenga ningún mal. En el segundo móntale hasta que su lomo aumente el doble de su anchura. En el tercero ádale de nuevo, y véndelo si no te conviene".

El caballo árabe está ya tan identificado con los cuidados y trato de su amo, que la menor indicación de éste basta para obedecerle.

—¿No llevan espuelas los árabes?

—Por regla general, no; ni tampoco látigo. Esto demuestra que no necesitan los animales ser tratados tan duramente como se acostumbra en ciertos países. El árabe guía a su caballo con la palabra, con un leve azote en la espalda, con una ligera opresión de los talones.

—Está bien, pero reconocerás que hay caballos que necesitan castigos y procedimientos más duros para someterlos a la obediencia.

—Todo es cuestión de educación. Si desde jovencitos se les enseña bien, acaban por someterse a la voluntad de su amo. Y hasta acaba queriéndole. Entre los de la raza árabe se dan muy frecuentes pruebas de este afecto. Más de una vez ha sucedido que un caballo haya llevado el cadáver de su jinete, muerto en batalla, desde el campo a la tienda, como si supiese que no debe exponer a su amo muerto a la befa y escarnio del enemigo.

—Es como para hacerle un poema. Si yo fuese poeta me gustaría cantarlo en mis versos.

Centenares de poetas lo han cantado ya. De modo que no serías tú el primero. Algunos hasta han llegado a la exageración en sus elogios. Fíjate en este canto hecho por un poeta árabe:

"¡No digas que este animal es mi caballo; dí que es mi hijo! Corre más ligero que el viento de la tempestad; es puro como el oro; con su vista clara divisa un caballo en las tinieblas; se le salta el corazón del pecho cuando oye el silbido de las balas; solicita una limosna de mano de la mujer; con sus cascos hiere al enemigo en la cara y cuando puede correr libre a su voluntad, vierten lágrimas sus ojos. No hay un solo ser en este mundo que le iguale". ¿Qué te parece?

—Exageradillo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Una locomotora
Eduardo Talagón, 12 años



Casita de campo
Luisa Carmona



Tecla
Enrique Glenn



La Iglesia de mi pueblo
Luis Asensio



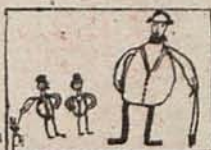
Don Juan
Juana



Personajes pinochistas
Margarita Ramírez



Anita
Rosario Losada



El Capitán y Tin y Tón
José A. Cascos



Buho
Rafael Raya



El bicho de Chonón
Araceli A. V.



En carnaval
Nicolás Moya



Chonón
Rosario Amador
de los Ríos



Ramoncito
José Moya



El amigo del capitán



A los toros
Manolo Pérez,
10 años



¡Niñas y Niños!

¿Quereis bonitos Juguetes?

Decid a vuestro Papá que os explique como podeis tomar parte en el GRAN SORTEO de JUGUETES organizado por el

PAPEL DE FUMAR ABADIE

Vuestro papá encontrará las condiciones en todos los Estancos, o en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie - Campoamor 20-Madrid








Jarrón
N. Moya



Mi panadera
J. Velasco

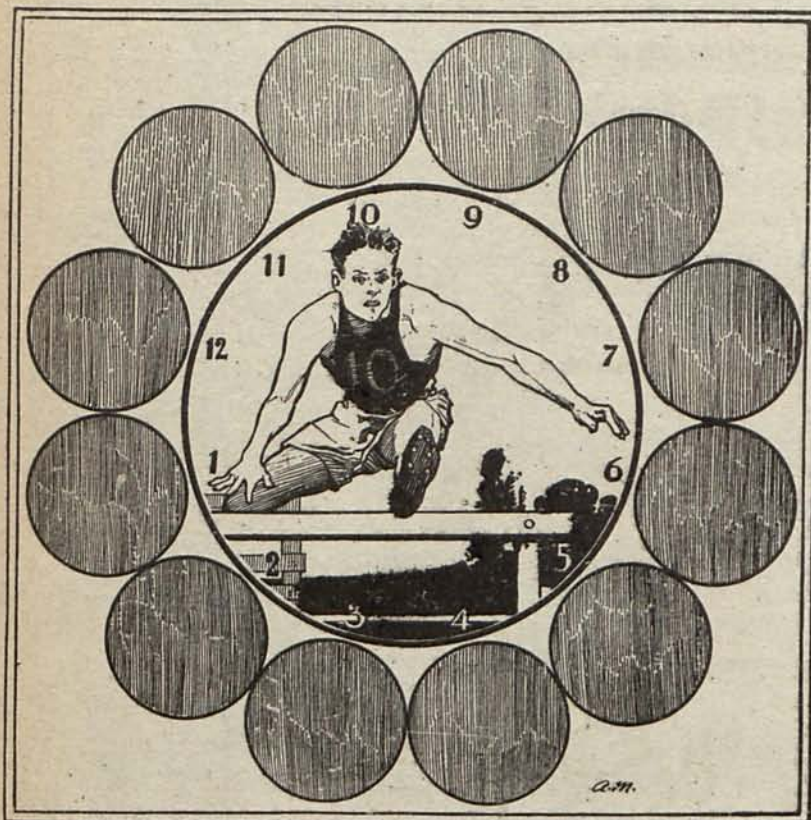


La profesora
de Anita
J. Arcazarán

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS MONEDAS DIABÓLICAS



Colocad, amados correligionarios, una moneda en cada uno de los círculos del dibujo. ¿Lo habéis hecho ya? Bueno. Pues, ahora, coged una y «saltando» sobre dos monedas, en cualquier dirección, depositarla encima de la que siga a las citadas monedas. El problema consiste en conseguir, al cabo de 6 jugadas, tener las monedas en 6 montones de a dos. Hay que saltar siempre por encima de dos monedas y si éstas están en un solo círculo se consideran, efectivamente, como dos. Los montones resultantes tienen que quedar en los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

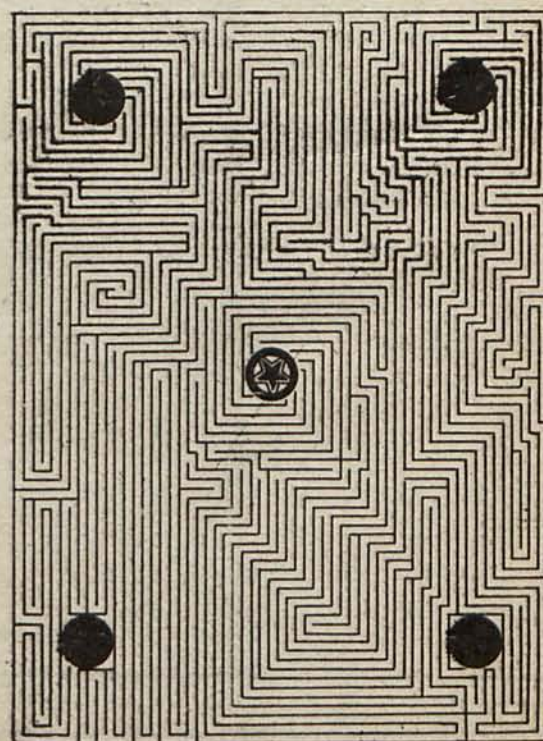
EL JUEGO DE DAMAS

Vosotros habréis jugado a las damas, más de una vez. No ignoráis, pues, que el tablero de este noble juego se compone de cuadros blancos y negros. Ahora bien—como dicen los oradores malos—se trata de que vosotros construyáis un tablero de damas pero solamente con cuadros blancos. ¿Está claro? Pues ¡a martirizarse la mollera!



Partiendo de la estrella hay un camino que atraviesa los cuatro círculos ¿Lo sabréis encontrar?

EL LABERINTO CHINO



ANITA

BUEN-CORAZON



SECCIÓN PIRULA



FANTASÍAS de PIRULA MODISTA

El anillo mágico.

¿Conocéis la historia de Giges? Por si acaso "se os

ha olvidado", os la recordaré.

Giges era un pastor lidio... Bueno, de paso os recordaré también que la Lidia era un país del Asia Menor, y que su capital era Sardes, a orillas del Pactolo.

Y ya, puestos en plan de recuerdos, recordemos también que el Pactolo era un río lleno de pepitas de oro y a ello debió el rey Creso sus inmensas riquezas.

Según contaban los antiguos, el Pactolo poseía la maravillosa propiedad de estar lleno de oro, desde que el rey Midas (aquel que tenía las orejas de burro y la facultad de cambiar en oro todo cuanto tocaba, con lo cual se moría de hambre, puesto que los alimentos se convertían en metal al llegar a su boca) se había bañado en él.

Estas últimas cosas no me atrevo a afirmar que hayan sido verdad; tan solo forman parte de la mitología; pero sí puedo asegurar que el Pactolo tenía realmente pepitas de oro, y que Creso era un monarca fabulosamente rico; como que hoy suele llamarse "un Creso" a un señor muy adinerado y "un Pactolo" cualquier negocio que produce mucho dinero.

Y entre otras muchas cosas buenas, os deseo que algún día encontréis un Pactolo y lleguéis a ser unas... cresas.

Pero ya es tiempo de que volvamos a Giges a quien dejamos, al principio de esta charla, guardando los rebaños en los campos de Lidia. No había de permanecer allí mucho tiempo; se fué a la corte del rey,



GALINDO

Candaules, llegó a ser su primer ministro y, finalmente, le asesinó para reinar en su lugar.

Hasta aquí, la historia de Giges es bastante fea, como veis; pero es real y sucedió exactamente siete siglos antes del nacimiento de Nuestro Señor.

Sin embargo, hay en la vida del pastor lidio algo que es menos real que su crimen y su reinado, pero que en cambio es muy bonito.

Y fué que Giges, según contaban los antiguos, logró su fortuna por medio de un talismán extraordinario que poseía; era un anillo de oro que hacía invisible a quien lo llevaba.

—¡Qué divertido debe ser tener una sortija así! Claro que lo será si no se abusa de sus virtudes para matar a la gente, como hizo aquel malvado pastor. Si una Pirulinda diese con semejante talismán, lo utilizaría sin duda para hacer el bien sin que nadie la viera (que es la mejor manera de hacerlo), o, a lo sumo para gastarle a las gentes bromas inofensivas.

Y puede que hasta utilizara el don de hacerse invisible para cometer tal cual desobediencia no muy grave, como por ejemplo, comer una chuleta con los dedos, o echar algún terrón de azúcar de más en el café con leche.

Si me prometéis no utilizar nunca vuestra "invisibilidad" para pecados de mayor importancia, yo os prometo a mi vez que en cuanto encuentre otro anillo mágico parecido al de Giges, os lo envío a gran velocidad.

Claro que hay otras muchas clases de anillos mágicos; tal, el de aquel príncipe bueno pero terriblemente rabioso, a quien su anillo le pinchaba el dedo siempre que estaba a punto de dejarse llevar de la

ira. O el de aquella princesita, gracias al cual, se convertía según le diese una o dos vueltas, en paloma o en hormiga.

También he oído hablar de una heroína de cuento que tenía un anillo extraordinario; tan pronto como se lo ponía, podía volar por los aires; y esto era tanto más asombroso cuanto que ocurría en un tiempo en que los aeroplanos no habían sido inventados todavía. Hoy, para ir por los aires, no se precisa de la ayuda de la magia, ¿verdad?

Y en fin, todas vosotras tenéis anillos maravillosos; no os hacen invisibles, ni os transforman en bichos, ni os permiten volar; pero en cambio, gracias a ellos, podéis adornar vuestros vestidos, de una manera que ahora está muy en boga:

Vuestros anillos son de hueso, de pasta, de vidrio, de madera o de metal; hace poco os los poníais al brazo a modo de pulseras; pero la moda de aquellas pulseras pasó y los anillos quedaron inutilizados en algún cajón.

Ha llegado el momento de sacarlos y de fabricar con ellos cuellos, cinturones y adornos de sombrero, según cualquiera de los modelos que os presento en esta misma plana.

Me diréis que estos anillos son menos divertidos que el del pastor Giges; lo confieso, pero en cambio tened en cuenta que hoy día es más prudente utilizar las argollas para adornar los trajes que para matar a un rey. A un rey o a un simple mortal, claro está.

